



ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS

**Aníbal Barrios Pintos**  
(Discurso de Ingreso a la Academia)

Señor Presidente.  
Señores Académicos.

Hace ya medio siglo, un niño, asido fuertemente de la mano de su madre, ingresaba por primera vez a una escuela de la ciudad de Minas. Hoy, el corazón de esa madre está cansado pero sigue conservando, en los últimos tramos de su vida, su pasión de luchar.

En 1935, ese mismo niño, ya adolescente, subía, con emoción inculcable, los peldaños de la casa de un escritor lugareño, don Santiago Dossetti, que un año después fue considerado como la revelación literaria del Uruguay.

Había sido convocado a su despacho para formalizar una labor periodística que luego lo proyectó, desde Montevideo, a todos los rincones del país – dicho esto sin hipérbole –, a través de breves o amplias monografías dedicadas a cada uno de los departamentos del interior de la República.

Fue una tarea que cumplió siempre con amor terruñero; una labor que lo ataba felizmente al medio telúrico que fue esencial en su formación.

Hace tres lustros, de un tímido escudriñar en aspectos del pasado pueblerino llegó a la tarea investigativa, que centró desde ese momento su máximo interés.

Así, postergando y luego abandonando voluntaria y razonadamente aquel quehacer que fue por largos años razón fundamental de su existencia, dedicó gran parte de sus horas a la lectura de diarios viejos, de empolvados documentos, de libros antiguos y modernos. Su faena – renovable e inacabable – es grata y hermosa.

Sólo es necesario trabajar ahincadamente y luego de lo investigado, escribir la verdad, sin falsificar la realidad, sin “agrandar lo que es chico, no achicar lo que es grande”, sin omitir, sin agregar, ni cambiar, ni tomar por realidad una ficción, según la fórmula ideal del académico profesor Clemente Estable, eludiendo el influjo de la simpatía o antipatía que infunden los hombres y sus hechos, atento siempre al pensamiento de Plutarco: “la pasión y la envidia corrompen y desfiguran la verdad”.

El mismo protagonista hoy es convocado, conjuntamente con la Sra. María de Montserrat y el profesor Dr. Ildefonso Pereda Valdés, a ocupar un sillón de la Academia Nacional de Letras, corporación creada con el fin de cumplir la trascendente misión de ejercer el rectorado de la cultura literaria del Uruguay, según el decreto – ley de su creación.

Mi vivo agradecimiento a los señores académicos, especialmente al Cnel. Don Rolando Laguarda Trías, por haberme honrado con esta singular distinción. Dignidad ésta que me encuentra sinceramente sorprendido, pues aún no alcanzo a comprender el porqué de mi presencia entre ustedes.

He leído y releído los estatutos de la Academia Nacional de Letras y no he encontrado hasta hoy la causal por la que este buceador de aspectos preferentemente humildes de nuestro pasado histórico merezca esta designación, reservada para inteligentes filólogos o eminentes representantes del arte literario nacional.



**ACADEMIA NACIONAL  
DE LETRAS**

No rehúyo, por cierto, el compromiso, que intentaré desempeñar en relación con mi modesta capacidad, persuadido sí, de que “una lágrima vale mucho más que una condecoración”, pero también de que debo devolver a mi país, en la plenitud de la forja, todo lo que me ha brindado, no en éxitos, que son siempre relativos y efímeros, sino en preclaros ejemplos humanos, que fortalecen, permanentemente, mi profunda fe en el destino y la grandeza nacionales.

Mis palabras finales, para recordar al académico desaparecido, el narrador y poeta treintaitresino don Pedro Leandro Ipuche, de profundo y entrañable amor por las cosas del terruño.

Montevideo, 24 de febrero de 1976